



Dr. D. Clemente Fernández Fernández Elías

ACTA

DE LA

SESIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE

CELEBRADA POR EL CLAUSTRO

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA EN CADIZ

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA

EL DIA 30 DE ENERO DE 1897,

EN HONOR DEL

DR. D. JOSÉ VILCHES Y ENTRENA,

(Q. G. G.)

DECANO Y CATEDRÁTICO DE TÉRMINO QUE FUÉ DE LA MISMA FACULTAD,

FALLECIDO EL DIA 1.° DEL MISMO MES Y AÑO.



CADIZ

Imprenta de la Revista Médica, de D. Federico Joly,
calle Ceballos número 1.
1897.

ACTA

DE LA

SESIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE

CELEBRADA POR EL CLAUSTRO

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA EN CADIZ

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA

EL DIA 30 DE ENERO DE 1897,

EN HONOR DEL

DR. D. JOSÉ VILCHES Y ENTRENA,

(Q. G. G.)

DECANO Y CATEDRÁTICO DE TÉRMINO QUE FUÉ DE LA MISMA FACULTAD,

FALLECIDO EL DIA 1.° DEL MISMO MES Y AÑO.



CADIZ

—

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA, DE D. FEDERICO JOLY,

CALLE CEBALLOS NÚMERO 1.

1897.

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA.

FACULTAD DE MEDICINA EN CÁDIZ.

Sesión pública de 30 Enero de 1897.

SRES.

Ilmo Sr. D Francisco Meléndez
Ilmo. Sr. D. José Rubio Arguelles
D Benito Alcina
„ Manuel Bernal
„ Enrique Moresco
„ Juan Luis Hohr
„ Miguel Solano
Ilmo. Sr. D. Enrique Díaz Rocafull
D. Enrique López
„ Benito Arroyo
„ Ramón Cajal
„ Tomás Castro *(Auxiliar)*
„ Manuel Roca *(Auxiliar)*
„ Celestino Párraga *(Secretario)*

Con asistencia de los Sres. anotados al margen y bajo la Presidencia del Ilmo. Sr. D. Francisco Meléndez Herrera, Decano de la Facultad de Medicina, celebró sesión á las 2 de la tarde el Claustro de la misma, declarándose abierta ésta, por el Ilmo. Sr. Presidente, quien concedió la palabra al Catedrático Sr. D. Benito Alcina y Rancé, el que en cumplimiento del acuerdo tomado por este Claustro, de celebrar una sesión solemne, en honor de la memoria del finado Decano D. JOSÉ MARÍA VILCHES Y ENTRENA, leyó un elocuente y sentido discurso, en que se hacía cumplido panegírico de las altas dotes de inteligencia é ilustración del querido compañero y Jefe fallecido en primero del mes, así como de las virtudes que lo adornaban.

Concluída la lectura de la oración el Ilmo. Sr. Presidente levantó la sesión dando por terminado el acto, de lo que como Secretario certifico.

V.º B.º
EL DECANO,
Dr. Meléndez.

EL SECRETARIO,
C. Párraga.

Ilmo. Sr.:

Penetrar en el sagrado recinto de los muertos, sin la profunda pena que encierra la pérdida reciente de un sér querido; penetrar allí con el terror legítimo que la muerte nos causa por estimación sensible, y conceder plenos dominios á nuestra imaginación; y, si á esto nos ayuda una tarde tempestuosa en la que no puedan los rayos del Sol traspasar el sombrío celage que como techumbre nos cobija; si el viento nos azota, y sacude con violencia los cipreses y los sáuces que orlan los mausoleos; y si al dirigir nuestras miradas por aquellos muros rellenos de restos humanos, saltan á nuestros ojos los nombres de multitud de personas que recordamos en vida, la imaginación nos rodea de fantásticas creaciones, pareciéndonos como dice Balart: que

"El sáuce, cuyas hojas besan el suelo,
Y el ciprés, cuya punta señala al cielo,
Allí, con mudas voces á su manera,
El uno dice:—"¡Llora!" y el otro:—"¡Espera!"

En un momento nos parece que van á caer aquellas lápidas, y van á salir espectros animados y cubiertos con blanco sudario; quizás el murmullo que producen unos sepultureros que en patio distante cavan una fosa, nos intimida, creyéndonos que un alma pide nuestras oraciones; en una palabra, nos forjamos una noticia tan ilusoria de la muerte, que si nos aterra en parte, nos seducen sus visionarios accidentes, quedándonos como el niño que tembloroso y asusta-

do, pero sin pestañear, escucha el cuento de fantasmas y brujerías.

Nada de esto es cierto. La muerte es mucho peor, que todo lo que la imaginación nos finge.

En vano ocultaremos su fealdad con ricos féretros y suntuosos mausoleos; en vano podremos olvidar la hediondez de la putrefacción, con las flores que arrojamos sobre las tumbas. La muerte no se la encubre con adornos materiales, ni al muerto se le oculta, deshaciéndose en elogios de sus actos mundanos.

....

....

Encomendar á Dios las almas de los que mueren; acompañar sus cuerpos al Campo Santo; y honrar su memoria entre los vivos, éstas sí, que son obras de misericordia, que aunque de justicia no se deban, obliga la caridad su cumplimiento.

La Facultad Médica Gaditana acompañó á los restos de su Decano; acaba de rezar en el templo por el eterno descanso de su alma; y, volviendo á este recinto, como vuelve á la casa mortuoria el fúnebre cortejo, agrúpanse maestros y discípulos, para honrar la memoria de su Jefe, como familia que llora reunida la pérdida de uno de sus más queridos miembros.

Obras de misericordia son todas estas. Verdaderos actos de caridad para el muerto, y de enseñanza inagotable para los vivos.

Parécenos que la palabra de Vilches, tan castiza como fácil, y tan correcta como galana, está vibrando todavía en nuestros oídos. Parece que concluímos de asistir á su nombramiento de Decano; que estamos escuchando los espontáneos aplausos del concurso; los sinceros plácemes de todos los que asistieron á dicho acto; y la elocuencia que brotaba á torrentes del ingenio de sus admiradores...... ¡Así pasan las glorias de este mundo!

Si del que fué nuestro Decano no poseyéramos otras cosas que semejante recuerdo, en verdad que nada poseeríamos entonces. El legado efectivo que dejan los hombres al morir, son las buenas obras durante su vida practicadas; puesto que, el sabio cuya poderosa inteligencia se consagró á cultivar el error, propagar la mentira y destrozar las conciencias, lejos de enriquecer á la humanidad con la herencia de sus trabajos, la empobrece, robándole verdades.

El maestro, como Vilches, que atendía á sus alumnos con el cariño de un padre; que fraternizaba con sus compañeros como si fueran sus propios hermanos; y que trataba á los subordinados como á verdaderos amigos, enseñó con su conducta á los maestros, que no vieran jamás en sus discípulos, la carga pesada del cumplimiento de un deber, sino la juventud á quien deben educar lo mejor posible, corregir sus extravíos, perdonar cariñosamente sus inadvertencias.

Del propio modo enseñó á los escolares, que el Catedrático no es una entidad odiosa, impuesta como tributo oneroso por la Ley, para obtener en el día de mañana una posición social; sino que lejos de esto, es el superior legítimo á quien, por lo menos, deben legítimamente respetar.

Cuéntase que cierto día, y advierto, Señores, que no huelga esta digresión, jugaba al billar San Luis Gonzaga, con sus compañeros de noviciado; y, como éstos le preguntaran, cuál habría de ser su conducta, si en aquel mismo momento tuviese que comparecer ante la presencia de Dios, contestóles sin vacilar: "Tiraría lo mejor posible, la bolada que estoy apuntando."

El hombre, Señores, cumplirá mejor sus deberes, en cuanto procure hacer lo mejor posible, todo lo que practique de un modo legítimo y en ocasión oportuna.

Dista mucho de mi ánimo, el investigar en nuestro llorado compañero, virtudes en grado heróico; pues ninguno de nosotros tiene facultades para la comprobación de estas virtudes; pero sí os diré, no traspasando los límites de las flaquezas humanas, que el maestro Vilches franqueó las puer-

tas de la enseñanza, como justo premio á unas brillantes oposiciones, muy celebradas por todos aquellos que las presenciaron; y añadiré, que antes de rendirse por la terrible enfermedad que lo llevó al sepulcro, consagraba asiduamente muchas horas al estudio; procuraba enriquecerse con los mayores conocimientos; y se esforzaba en su cátedra para obtener la mayor ilustración de sus alumnos.

Afirmaciones semejantes no las hago por simples referencias; sino que os hablo de tales cosas con verdadera convicción; con la misma que relata un suceso el testigo interesado.

Yo recuerdo á mi maestro, dedicando durante la noche cierto número de horas, á los tratados clásicos de los antiguos prácticos, y á los modernos que se publicaban; yo le recuerdo llegar á la clínica con entusiasmo; estimular á sus alumnos con los enfermos difíciles; provocar controversias; en una palabra, desempeñar su cátedra mucho mejor, de lo que podía apreciarse á través de su modestia.

Los límites de su vida pública, no comprenden de un modo exclusivo sus tareas como catedrático en esta Facultad. Antes de recibir tan honrosa investidura, ocupó los distintos cargos que ejercen aquellos que por su aplicación y demás condiciones, la Facultad los considera como suyos, sin haber abandonado todavía los bancos del discípulo.

Cádiz no fué la única ciudad donde Vilches ejerció el magisterio: sus primeros pasos en él, los dió en Granada; y es bien notorio, para los que han tenido ocasión de intimar con los antiguos maestros de aquella Facultad notable, que el recuerdo de Vilches era estimadísimo por todos.

Ni el Claustro de la Facultad de Cádiz, ni el de la granadina fueron las únicas corporaciones que le tuvieron en su seno, como hombre de ciencia.

Nuestro compañero fué miembro de varias sociedades científicas, contribuyendo con sus consejos á ilustrar á las autoridades en materias de Sanidad, y á los tribunales de justicia, con informes médico-legales.

Además de todo lo que hemos alabado de nuestro cari-

ñoso Jefe, no le podremos olvidar en el ejercicio de la medicina; pues no solo en sus trabajos como médico práctico, sino en las asistencias gratuitas durante épocas calamitosas, ya en los hospitales, ya en las casas de los necesitados, se destacaba el hombre que tiene amor á sus semejantes, y que los ama en proporción á sus desgracias.

Lo hemos visto después, en los últimos años de su vida, cumplir con los deberes de Maestro y de Decano, todo lo mejor que le permitía su quebrantada salud.

Demacrándose con celeridad; invadiéndole una decrepitud no justificada por los años, le observábamos llegar todos los días á esta Escuela, acompañado y hasta sostenido por individuos de su familia; y, aunque su marcha era vacilante y su voz apagada y temblorosa, su voluntad era de hierro para no faltar á sus deberes, ni en el desempeño de su cátedra, ni en los asuntos propios de su gerarquía.

Convencidos estareis todos, que sus ilusiones mundanas hallábanse agostadas completamente por sufrimientos morales y no pocos físicos, y por el convencimiento que tenía, de que el término de su vida estaba muy próximo. No habremos de figurarnos, por lo tanto, que la lucha entablada por él, venciendo la resistencia que su organismo gravemente enfermo habría de oponerle, alentábase en buscar mayor suma de honores ó medios de fortuna, ó en saborear el placer que la soberbia humana ofrece al que ocupa un alto puesto. Vilches vivía, sintiéndose morir; pero no era un agonizante de los que con mano convulsa guardan en su lecho el tesoro que poseen; ni de los que palpan con desatiento las condecoraciones que tuviesen; á nuestro compañero no le aterraba la última hora, por abandonar esta cárcel transitoria, donde cumple el hombre su merecida condena. Era fiel á sus deberes, porque tenía el propósito firme de cumplirlos, mientras pudiera.

La modestia que siempre encarnó en sus actos, es una prueba plena de que los motivos que le decidían, dictados eran por el deber y no por la soberbia.

No obstante de ocultarse la figura de nuestro Decano en los momentos de recibir plácemes, se destacaba viejo y enfermo, ocupando su lugar, como joven y vigoroso, en todos los momentos difíciles y comprometidos.

Puede muy bien sintetizarse su manera de ser, diciendo: si era débil con el débil, era en cambio fuerte con el fuerte: rehusaba las exhibiciones y no gustaba de lisonjas. Cumplidor exacto de sus deberes, jamás volvió la espalda en los momentos de lucha.

Esbozadas las condiciones que concurrían en la persona del Maestro, continuaríamos dibujando todos sus detalles, y animando su figura con las tonalidades de más vivos colores, cayéndose el pincel de nuestras manos al llegar á su muerte, si desgraciadamente creyéramos, que la persona humana termina para siempre, cuando finaliza su vida; si desgraciadamente creyéramos, que al suspender el corazón sus contracciones, almacenándose toda la sangre dentro del árbol venoso, como material inservible; que al no dilatarse la jáula torácica, para que el aire conceda potencialidad biológica al líquido sanguíneo que acude á recibirla; y al no transformar energías las diversas estaciones del sistema nervioso, el ser inteligente y libre, que ejercitaba sus intelecciones y razonamientos, y se decidía en sus actos, voluntaria y libremente, dejaba de ser, como cesa de vibrar con espléndida luz, el foco eléctrico, al quedar inmóvil la máquina que transforma su trabajo en las entrañas del dinamo.

Gracias á Dios, creemos firmemente que más allá del último momento de vida, sigue una existencia eterna; afirmando al propio tiempo, que, con más atracción que ejercieran todas las masas que se mueven en el espacio sobre una pequeñísima partícula, el alma y el cuerpo separados, se reunirán de nuevo el día solemne de la Justicia Divina, para no separarse jamás.

Y no vacilo en declarar dichas verdades desde este sitio, cuando parece que estamos oyendo todavía la plegaria del Sacerdote por el alma penitente del que fué nuestro Decano;

la cual plegaria, armonizada con el golpe seco de la campana que toca á muerto, la hemos nosotros mismos pedido, al acordar unánimemente la celebración del funeral.

Si pues somos católicos, tiempo es ya de ocuparnos de la cristiana muerte de nuestro Jefe.

Sus piadosas determinaciones para enterrar á su cuerpo, y el modo que tuvo de morir, levantan su vuelo sobre todo lo que hemos celebrado de la conducta del Maestro, debiendo nosotros levantarnos también sobre las cosas terrenas, parodiando al príncipe de los poetas latinos, al interrumpir sus Eglogas sobre asuntos pastoriles, por la dedicada á la Vírgen Astrea, y decir con él: *Paulo majora canamus.*

Prohibir toda pompa fúnebre; no consentir coronas sobre su féretro; y recibir en el pleno uso de su razón y con verdadero beneplácito, los Santos Sacramentos que la Iglesia administra al cristiano moribundo, son las páginas de oro que cierran el libro de su vida.

No quiso que las vanidades humanas, que nunca fueron ariete poderoso que derribara su modestia, se apoderasen de una masa compleja de materia, que algunas horas antes había sido el complemento de su espíritu, para que su persona existiera.

No quiso que la corona que ciñe durante la vida las sienes del Héroe ó del Genio, y que la Iglesia coloca sobre la cabeza de sus Santos, simbolizando sus virtudes en grado heróico, adornara su negro féretro, que, á todas luces, no iba como el vencedor que vuelve de la batalla, recibiendo por todas partes los laureles de la victoria; sino en penitencia y cortejado por los Ministros del Señor, que elevaban sus oraciones por el descanso de su alma.

No quiso tampoco, que el religioso silencio que sucede al último responso antes de la inhumación, y que solo se turba por el ruído sordo del ataud al ser introducido en el sepulcro, y por el murmullo de los grupos que se alejan de la última morada de aquel cadáver, se interrumpiera por la oración fúnebre, que si nó profana por la doctrina que encierre,

profana es de todos modos, en el solo hecho de tributar elogios en lugar sagrado á la memoria de un difunto, quienes carecen de autoridad para dirigir la palabra en estos lugares, y mucho menos para encomiar á los muertos.

¡El Maestro que no quiso ninguna de las profanaciones á la muerte, quiso morir como cristiano fervoroso!

Apenas se dió buena cuenta, de que le había invadido el accidente final de la gravísima enfermedad que sufría, manifestó el peligro inmediato en que se encontraba; y él mismo fué quien pidió, acudiera el Sacerdote para confesarlo.

Todos recordamos en Vilches, al médico celoso por la felicidad eterna de sus clientes. Ha sido uno de los profesores que más se han distinguido, en avisar en tiempo oportuno á la familia del enfermo, la necesidad de administrarle los Santos Sacramentos, como deben recibirse en la última hora. No creía terminada su misión solo con esto, sino que en más de un caso, llegó hasta el mismo lecho del moribundo, para ejercitar un acto de tan grande caridad.

El que cumpliendo los deberes del médico católico ha contribuído tantas veces á que se franqueen, durante la agonía del enfermo, las puertas del Reino de los Cielos, no es de extrañar, que en sus últimos instantes la Iglesia lo amparase con sus auxilios. No es de extrañar, que sus mismos compañeros de claustro fueran á rogarle á su Prelado que intercediera con el Sumo Pontífice, para que su Decano recibiese la Bendición Apostólica; y que nuestro Prelado, bondadoso siempre y siempre solícito, lo alcanzara en pocas horas de nuestro Santísimo Padre León XIII, Vicario de Cristo, que ardiendo en caridad, hizo telegrafiar en cariñosas y lisonjeras frases, concesión tan deseada.

Como aquel hombre que dá todas sus disposiciones, y arregla todos sus asuntos para emprender un largo viage; y, una vez tranquilo en lo posible, de haberse puesto en condiciones para el mejor éxito del mismo, se entrega al vehículo que ha de transportarle, así nuestro querido compañero confesó sus culpas al Sacerdote; recibió dentro de él al mismo Dios; lavó

con la unción sagrada las impurezas de sus sentidos; el sucesor de Pedro le bendijo desde su Solio; y terminado que fué todo esto, se entregó en los brazos de la muerte para que lo llevara á la Eternidad.

....

....

Región impenetrable es esta para la inteligencia del hombre. Nada puede predecirse; pero como la fe nos enseña, que á buena muerte buena sentencia, piadosamente creemos, que habrá sido buena la sentencia para él que murió cristianamente.

Antes de retirarnos de esta solemnidad, procuremos que tan fúnebre circunstancia, nos sirva para dirigir siempre nuestros actos en el más estricto cumplimiento del deber; en cuanto la desgracia enseña más que la fortuna, y las tristezas más que las alegrías.

Agrupados maestros y discípulos, sostengamos á la mayor altura posible, las antiguas tradiciones de nuestra Escuela, que tienen su cuna en los felices tiempos de Pedro Virgili. Tiempos de gloria para esta culta Ciudad, soberana entonces de la enseñanza médica en España y en sus Indias, cuando la bandera de estos paises no tenía más estrella, que el ardiente sol de los trópicos que se gloriaba en besarla, viéndola tan amarilla como su luz, y tan roja como su cabellera.—He dicho.

Benito Alcina.

